XXIV

Abrió la puerta y retrocedió temblando hasta el sillón que acababa de abandonar.

Era James quien entraba.

—¿Vos aquí, milord?—dijo la joven.

—Yo mismo—respondió tranquilamente.

—¿A semejante hora?—balbuceó Juana.

—Sin duda. Es la hora más á propósito para poder hablar con un poco de calma. ¿Qué tiene de particular que un joven y agradable señor, visite á una hermosa como vos, que le dispensa el honor de habitar en su casa? Pasaba por los corredores, he visto luz en este cuarto, y, naturalmente, he pensado que velabais aún. Se me ha ocurrido charlar con vos un instante, y aquí me tenéis.

Aproximó un sillón al de Juana; se instaló cómodamente en él, frente á la joven, y sin darla tiempo para asombrarse de su libertad, repuso:

—Dios mío, mi querida hermosa, no os diré nada de nuevo si os afirmo que os amo. Imito en esto á mis compañeros de viaje. He oído sus conversaciones, y aquello que no me han dicho ellos, lo he adivinado yo. Riozarés os adora á su manera; Mortcerf os desea por vanidad, para poder mostraros en su victoria en los

Campos Elíseos; Harry es víctima de una pasión devoradora, infinitamente más seria; y no veo por qué Courcelles, que conserva acerca de vuestro esplendor la calma del gastrónomo, cuyo apetito está gastado por formidables excesos, no haya de reavivarlo en presencia de la más suntuosa de las mesas.

Ya veis que estoy al corriente de lo que pasa. Por un chelin os describiría la manera como cada uno de esos caballeras entiende el culto que os rinde, y por un penique haría más, imitaría admirablemente el estilo que cada uno de ellos emplea para pintaros su amor.

Entre las mujeres como vos, las unas aceptan esas asiduidades como distracciones, las otras las sufren como insultos...

—Y yo soy de esas últimas, milord—observó Juana, que había recuperado su sangre fría.—Así es que el paso que estais dando...

—Oh!—exclamó James, interrumpiéndola con rápido gesto—este paso mio no tiene el objeto que suponeis.

Entónces, ¿á qué venís aquí, milord?

Juana se había levantado, envuelta como la Polymnie antigua en los pliegues de la muselina y con el rostro contraido por una cólera admirablemente representada.

Estaba muy hermosa y lo sabía.

James, inclinado sobre el brazo izquierdo de su sillón, con las piernas cruzadas y la cabeza

descansando sobre la mano, la contemplaba con calma.

—¡Que hermosa querida sería!—pensaba para sí.

Y añadió en voz alta:

—Concededme cinco minutos de conversación.

—¡Bien!—Dijo la joven—¿Acaso tengo libertad para negároslo?

La institutriz se paseaba distraidamente cerca de la ventana, tratando de distinguir las sombras errantes en los macizos alumbrados por la luna. Con su blanco brazo levantaba las pesadas cortinas.

—No me escuhais—dijo James, á quien la joven volvía la espalda, dejándo adivinar la forma exquisita de sus hombros y su nívea epidermis, bajo la batista trasparente que los cubría y no los ocultaba.

—Sí—dijo con sequedad.—Espero á que me confieis lo que os agrade confiarme.

—¿Permitireis que me exprese con entera franqueza?

—No dispongo de medios para impedíroslo.

—Me habeis hecho entender que vuestro corazón no está libre, al menos yo lo he comprendido así, ¿me he equivocado?

—No.

—¿Y quién es el amigo peligroso de quien huis?

—Mi conciencia me impide nombrarle.

—¿Por qué?

—Es asunto entre mi conciencia y yo.

—Vamos á ver, Juana,—dijo el diplomático con su imperturbable calma.—Tenéis demasiado talento para ser mogigata, y la honradez no tiene nada que ver con las tontas afectaciones de virtud; habladme con sinceridad. Soy vuestro amigo, y á título de tal, puedo interrogaros: ¿Quién es ese hombre?

—¿Tenéis gran interés en saberlo?

—Muy grande. ¿Por qué le teméis?

—Porque es de alcurnia muy elevada para que yo tenga la suerte de ser su mujer; y yo soy lo bastante altiva para llegar á ser su querida.

—¿Ha tenido esa pretensión?

—Jamás.

—Entonces soy yo á quies os referís.

Juana se volvió vivamente.

—¿Cómo lo sabéis?...—preguntó.

—Si sois franca, confesaréis que de todos vuestros admiradores yo soy el único que no os ha asedíado con sus súplicas; yo me he contentado con amaros en silencio, y me atrevo á decirlo ahora, con mayor respeto que os lo ha dicho ninguno de los otros.

—Las miradas son tan elocuentes como las palabras, milord; y sin afirmar que estéis ó no en un error, convenid en que vuestros ojos me

han dirigido súplicas más peligrosas que las palabras del hermoso Riozarés ó del conde de Mortcerf, por hábilmente que hayan querido hacer valer sus pretensiones.

—Si queriais huir de mi—replicó James—persiguiendo su idea ¿por qué os habéis refugiado precisamente aquí en donde estáis segura de volverme á ver?

Juana se turbó terriblemente, ante esta pregunta tan directa y su voz espiró en su garganta.

No pudo responder, y en su emoción se dejó caer á los pies del lecho en el cual se apoyaba.

¡Había sido adivinada!

Ocultó el rostro entre las manos y hasta pasado un instante no pudo murmurar, haciendo un esfuerzo:

—Yo no os lo he confesado, milord, y vuestra imaginación va más allá de lo cierto. Por otra parte, ¿somos acaso libres de ir donde nos plazca las pobres muchachas como yo? El espacio está medido para nosotras y nos vemos obligadas á vivir dentro de sus límites.

Lágrimas de despecho se desprendian por entre sus dedos.

La voz tranquila de James la exasperaba: Estaba muy nerviosa. Comprendía que en la lucha empeñada era él el más fuerte, y rompía entre sus manos las armas de que ella se hubiera querido valer contra él. Estaba avergonzada de sus inútiles mentiras, y furiosa por haberse arrojado á una empresa de la cual no sabía cómo salir.

James se aprovechó de sus ventajas, y aproximándose á ella la cogió las manos.

A este contacto se estremeció; pero no hizo ni un movimiento para librarse de él.

—Lágrimas divinas—dijo James—que quisiera enjugar con mis labios.

Y atrayéndola cariñosamente hacia sí:

—¿Por qué—añadió con voz en que vibraba el cariño—defenderos de un sentimiento que tanto os agradezco? Si me habéis preferido á los demás, si he sabido merecer el inestimable valor de vuestros pensamientos, confesádmelo y mi vida os pertenecerá.

—Milord... ¡os lo suplico!—murmuró debilmente.—¡Dejadme!

James comprendió su fuerza y no quiso perder la ocasión de una victoria que preparaba hacía tanto tiempo.

—¿Dejarte?... ¡Por el contario! Quiero defenderte de los demás, revelándote el amor que me has inspirado... No es de ahora, ya hace tiempo que he comprendido que hemos nacido el uno para el otro... Has adivinado mis miradas y ellas te han expresado la vivacidad de la pasión que he concebido por tí. Yo no te amo como los demás; yo pondré á tus pies mi fortuna, mi porvenir, todo lo que me pertenece...

Has nacido para ser reina; eres reina por la belleza y por la inteligencia, y reinarás. No amaré á nadie más que á tí, ¡te lo juro! Te defenderé contra los ultrajes y las adversidades de la vida... arreglaremos nuestro porvenir como tú ordenes... Tú serás la dueña.

Se calló.

Juana estaba en la situación más peligrosa. Oía las palabras de James como una armonía vaga, sin fijarse en su sentido. Adormecida por la fascinación que ejercía sobre ella el único hombre á quien amaba realmente, ó mejor dicho, de quien realmente quería ser amada, no se daba cuenta más que de que James la describía la vivacidad de su amor; de que su elegido estaba á sus pies y que llegaba el momento en que las puertas de un edén desconocido se abrían ante ella.

Había caído en el lazo que ella tendiera á los demás.

La superioridad y la energía de su alma, no evitaban la rapidez de la caída.

Un destello de razón la salvó.

Por un movimiento brusco, se separó del joven, y pasando ambas manos por su frente, exclamó:

—¿Qué es lo que me habéis dicho? Os juro que no os he comprendido.

James frunció las cejas.

—¡Querida mía!—replicó con visible altivez.

—¡Os decía que os amo, y os lo repito! Os suplicaba que aceptaseis mi amor y que consintieseis en ser mi dueña, y pareciais asentir á ello. He sido, pues, durante cinco minutos, el hombre más feliz de la tierra. ¿Me habéis entendido ahora?

James había terminado su explicación con tono mordaz y casi desdeñoso.

A medida que el joven hablaba, Juana, notando la amargura de sus frases, recuperaba su imperio sobre sí misma. Comprendía que James, en tanto que ella se dejaba arrastrar en alas de su ciega fantasía, calculaba sabiamente los efectos de sus frases, á fin de conducirla adonde deseaba; que su lenguaje no era el del amor sincero, sino el de un capricho efímero, que no se tomaba el trabajo de ocultar.

Pálida é indiferente, permanecía de pie ante él, que estaba furioso por su debilidad, humillado por su abortada tentativa, y previendo que de nada le servía ser un diplomático insidioso y encantador.

Juana comparaba la pasión exclusiva y feroz del hermano menor, á la ligera y elegante del mayor, y estimaba en más la del primero, á pesar de su inferioridad al compararle con James.

—Milord—dijo con tono glacial,—os he comprendido y agradezco el honor que me dispensais. Lo reflexionaré.

Por más que el diplomático desplegó todos los recursos de su inteligencia, Juana permaneció inflexible.

Trató de convencerla burlándose del matrimonio y describiendo á grandes rasgos, con infinita gracia, las uniones mundanas y sus consecuencias, pero no consiguió nada.

A eso de las dos de la mañana, después de haber agotado todos los medios de seducción que su experiencia le sugería, cansado y descontento, se decidió á batirse en retirada.

Abrió con precaución la puerta, y ahogando el ruido de sus pasos en la gruesa alfombra de los pasillos, se dirigió á sus habitaciones, situadas á la extremidad opuesta del castillo.

A la dudosa claridad de una lamparilla, suspendida del techo, en una linterna gótica, le pareció ver una sombra que desaparecía en uno de los ángulos y se detuvo.

Pero no oyendo ruido alguno, continuó su camino y entró en su habitación.

Si hubiera podido penetrar en la oscuridad con la mirada, á través de los pliegues de un *portier* de terciopelo que ocultaba la puerta de la habitación de Lucy, hubiera visto dos ojos que brillaban fijándose en él con obstinación.

Aquellos ojos eran los de su hermano.

XXV

El sol salió radiante al siguiente dia.

Al abrir su ventana, James, que no había podido dormir, aspiró con delicia los agradables perfumes que subian del parque, y volviéndose hacia la ventana de la institutriz, que estaba cerrada:

—¡Singular muchacha!—pensó.—¿Qué es lo que pretende? ¿Es la ambición quien la dirige, ó es la virtud quien la contiene? ¡Virtud! palabra que lo dice todo y no dice nada. ¡Una gran cosa que se sabe cuando comienza y no se sabe dónde acaba!

Se golpeó de pronto la frente y aproximándose á su *secreter*, escribió algunas palabras en un papelito con sus armas.

«Venid á caballo al bosque. Si debo renunciar á la esperanza de ser amado, dejadme al menos el placer de veros.»

Dobló el papel y lo introdujo en un sobre perfumado, por el estilo del que usan las mujeres bonitas.

—Ocupemos su espíritu — pensó mientras ponía su sello al sobre—y el diablo decidirá.

Los patios del castillo se llenaban de ruidos. Algunos guardas llegaban trayendo noticias de los lugares en que había numerosos bandos

de perdices, pobres aves que no sospechaban siquiera la triste jornada que el sol iba á alumbrar para ellas.

Las liebres, con sus largas y móviles orejas, debieran haber oido sonar fúnebres tañidos y los cervatillos refugiarse entre las más inaccesibles malezas de los montes Killiams; pero diga lo que quiera el fabulista, los presentimientos son desconocidos entre tales animalitos.

A eso de las diez, después de uno de esos sólidos almuerzos que los cazadores recuerdan siempre con gusto, un grupo de *gentlemen* se extendió por los alrededores del castillo. Los excursionistas eran los consabidos: Riozarés, Courcelles, Mortcerf, Harry y James; este llevaba el traje nacional de los escoceses. Todos iban armados de magníficas escopetas y precedidos de *pointers* y *setters*, que iban delante como una banda de espías de la mas peligrosa especie.

James tenía horror á las batidas en que la carnicería no tiene nada de comun con el arte de la caza y cazaba como un verdadero artista.

Bien pronto sonó la fusilería.

Una alegría serena y tranquila, la alegría de las gentes de la buena sociedad, á quienes no preocupa el porvenir, reinaba entre los huéspedes de Glenmore.

Courcelles no disparaba sin dirigir á sus

víctimas una corta alocución, para disponerlas á bien morir, lo cual las daba á menudo, más que tiempo suficiente para desaparecer.

Riozarés hablaba en verso á las liebres y las saludaba con burlescos dísticos.

Harry era el único que parecía preocupado; pero nadie se inquietaba por eso. Todos estaban acostumbrados á verle taciturno.

El menor de los Steward era un tirador de primera fuerza

En Niza era temido de los aficionados al tiro de pichón.

No perdía ni un disparo.

A eso de las dos, la línea de cazadores se acercó al bosque de Aberfull.

Bajo un pabellón rústico les esperaba un confortable refrigerio que les habían preparado.

El espectáculo era muy agradable, y para que no faltara nada, no faltaba ni la presencia de las mujeres, sin las cuales no hay fiesta completa.

La institutriz y su discipula, montando dos caballos que Mortcerf declaró irreprochables, se presentaron hacia el final de la siesta animando el cuadro con sus gracias y dejando flotar sus velos azules bajo el verde follaje de las hayas y de las encinas.

Riozarés se precipitó al encuentro de miss Steward.

Decididamente la rubia inglesa había conquistado al Apolo andaluz.

James se levantó y tendió la mano á la institutriz.

La joven le dió las gracias con una mirada, en la cual se notaba algo de reprénsión por los atrevimientos nocturnos del joven lord.

Aquella mirada no escapó á la vígilancia de su hermano; pero Harry se equivocaba en esta ocasión acerca de la causa que la había motivado.

Creyó en una inteligencia completa entre los dos amantes.

Un terrible sufrimiento desgarraba su pecho; pero no se le notaba, porque había enseñado á su rostro á guardar el secreto de sus sentimientos.

—James perderá esta noche al juego—le dijo Courcelles maliciosamente.

—¡Ah! sí, eso dice el proverbio—respondió Harry con tono distraido.

—¡Es una hermosa muchacha esa señorita Montaigu!—replicó el parisiense.—Yo quisiera tener una hermana, y compartir con ella la caja paternal, con tal de que su educación se hiciese como la de miss Steward.

—James es más afortunado que todo eso—dijo Harry con amargura.—Su hermana tiene institutrices, y él nada tiene que compartir con ella.

—¡Qué queréis—observó Courcelles;—hay gentes que nacen de pie! Todo les sonríe: la fortuna, que es ciega, y las señoritas que no lo son!

Los dos jóvenes habían vuelto á montar á caballo.

—¡A la salud de las hermosas!—exclamó Courcelles levantando su vaso.

—¡Sea!—dijo James;—pero que beban con nosotros.

Presentó una copa, en que chispeaba el Roederer, á la encantadora, institutriz, y como ésta se la devolviera después de haber mojado en ella sus labios:

—¿Quedan hechas las paces?—la preguntó en voz baja.

—Sí, si renunciáis á vuestras locuras.

—Entonces prefiero la guerra. ¡Os amo demasiado para dejaros en paz!

—¡Silencio!—dijo la joven.—¡Se nos observa!

Harry les miraba fijamente.

—¡Se dan una nueva cita—pensaba;—yo la impediré!

El español hablaba con Lucy.

—Os lleváis mi alma—la decía.

—Habláis como un ángel—dijo la joven;—pero mentís como un poeta.

Y poniendo su caballo al galope, desapareció entre el bosque.

A alguna distancia, un aldeano se aproximó

á ella. Parecía salir del tronco de un árbol. El caballo se asustó y dió un bote hacia atrás.

—¡Tened cuidado, Guy!—dijo la joven con dureza.—¡Habéis asustado á Performer!

Y deteniéndose :

—¿Por qué estáis tan pálido?—replicó.—¿Estáis enfermo?

—Si, miss.

—¿Qué tenéis?

—No sé explicarme lo que tengo.

—¿Dónde os duele?

Guy mostró su pecho.

—¿Desde cuando?

—Desde el día en que habéis dejado de venir á Aberfull.

—¿Cómo se os podría curar?

—Viéndoos de nuevo allí.

—Iré, pues.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Le envió un beso con su fusta, y desapareció:

—¡Mañana—se dijo Rowen—sabré si debo vivir, ó si estoy condenado!

Los cazadores se habían puesto de nuevo en movimiento, y se diseminaban entre los brezos de la montaña. Un fuego de fusilería, tan vivo como el fuego de pelotones del ejército, brillaba y se oía entre las malezas. Acá y allá, puntiagudas rocas parecían surgir de la tierra.

Bandadas de faisanes pasaban asustados por

encima de las cabezas de los tiradores. De tiempo en tiempo, un cervatillo, sorprendido por un perro ó asustado por el ruido, se lanzaba á la carrera, afrontando la terrible prueba del fuego.

James y Harry se habían alejado de los demás cazadores, y marchaban de frente, á unos sesenta metros uno del otro.

Harry no perdía de vista á su hermano, que entregado por completo á los placeres del esterminio, abatía numerosas liebres ó faisanes, que los guardas iban recogiendo detrás de él.

Harry cargó con bala su escopeta.

—¡Ahora veremos—dijo—de qué le sirve el amor de esa coqueta!

—Me lo ha quitado todo—pensaba, olvidando á las liebres y á los conejos, que huían ante su distraido enemigo.—Le hubiera perdonado, si no se hubiera apoderado también de lo que más deseo. ¡Sabe que la amo, y se burla de lo que pueda agradarme ó desagradarme! Él, que tiene numerosas queridas, ha querido robarme la que yo deseo, y como es guapo, elegante, gracioso, rico y espiritual, ella ha cedido, arrojándose á su cuello, llena de alegría, sin que él se haya tomado el trabajo de suplicárselo. Desde el día en que le ha vuelto á ver, se ha entregado á él, sin cuidarse de lo que á mí me hacía sufrir, ni ocultar sus sentimientos, siquiera por pudor, delante

de mí. ¡Ah! ¡qué noche tan terrible he pasado! ¡Pero, paciencia; dentro de una hora seré yo el mayor de los Albany!

Llegaban en aquel momento á la entrada de un bosque, cuya riqueza contrastaba con lo árido del terreno que acababan de dejar.

—¿En qué piensas?—gritó James.—Hace veinte minutos que no has tirado una sola pieza, tú, el rey de los cazadores.

Harry se encogió de hombros y no contestó.

Su corazón latía con extrema violencia.

La sangre subía á su rostro y le cegaba.

Avergonzado por sus celos, vacilando ante un crimen, se detuvo detrás de un árbol y se aplicó á la sien el cañón de su escopeta; pero tuvo miedo y continuó su camino.

—Si me mato—pensó,—se la entrego.

Los criados iban á alguna distancia detrás de ellos, y el bosque, cada vez más espeso, les impedía ver á sus amos.

De pronto un magnífico ciervo se levantó entre los dos hermanos, más cerca de Harry, que seguía inmóvil.

—¡Tira!—le gritó James.

De un tiro abatió Harry al ciervo á sus pies; después una nube de sangre pasó ante sus ojos.

Dirigió el arma á James, y, pasado un segundo, se oyó una nueva detonación.

XXVI

Una detonación más ó menos en un día de caza, no sorprende á nadie. Los guardas no se apresuraron, por lo tanto, á acudir y los dos hermanos permanecieron el uno enfrente del otro.

Cuando se hubo disipado el humo, el asesino miró al lugar en que estaba su hermano.

James. de pie, le miraba con calma y sin cólera.

Harry creyó ver un fantasma, y de pálido que estaba se puso lívido. Sus piernas temblaban, negándose á sostenerle:

—¡Hermano!—dijo James con dulce acento. —¿Qué has hecho?

Vencido por la dulzura que vibraba en aquella pregunta, Harry arrojó la escopeta al suelo y se precipitó á los pies de su hermano.

—¡Perdóname—le dijo,—soy un miserable... ¡Es un acceso de locura! ¡Estoy celoso, desesperado!... ¡Quisiera morir!

—Lo comprendo todo—dijo James, haciendo un esfuerzo.—Ni una palabra, ni una explicación, y déjame que yo dirija el asunto... Para todo el mundo esto es un accidente, una imprudencia mía... ¿Por nuestro honor, por